



Juan Goytisolo

La saga de los Marx

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

JUAN GOYTISOLO

La saga de los Marx

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

DRAMATIS PERSONAE

KARL MARX (1818-1883). Padre del socialismo científico. Denominado Moro por la familia y amigos. Otros apodos: Devil, Old Nick. Challey, el Amo.

JENNY VON WESTPHALEN (1814-1881). Esposa del pensador revolucionario. Denominada familiarmente Möhme.

JENNY MARX (1844-1883). Hija primogénita del matrimonio. Denominada usualmente Jennychen. Otros apodos: Dí, Quiquí, Emperador de la China. Esposa de Charles Longuet.

LAURA MARX (1845-1911). Hija segunda de Karl y Jenny. Apodada Hotentote o Kakadú. Esposa de Paul Lafargue.

ELEANOR MARX (1855-1898). Hija menor del matrimonio. Denominada familiarmente Tussy. Compañera de Edward Aveling.

HELENA DEMUTH (1823-1890). Doméstica de la familia Marx desde su exilio a Bruselas. Conocida habitualmente por Lenchen y, a veces, Nim.

I

Guarda, Carlo!

(lo había dicho en italiano?)

che bel transatlantico!

apuntaba con el dedo enjoyado hacia el horizonte calino, a la silueta esfuminada de un buque con camarotes de lujo, chimeneas, radar, antenas, puente de mando, surgido allí, frente a aquella playa selecta, como por efecto de un trampantojo o engaño

desde su paralela horizontalidad, acomodados en colchonetas listadas que, como las casetas y toldos del bar, reproducían los colores del emblema nacional, a la sombra de las artificiosas cabañas polinesias o expuestos al sol, previamente protegidos con gafas y cremas heliofiltrantes, los bañistas no parecían reparar en él

habían pagado para ocupar su pequeña parcela de dicha costera un abono semanal o mensual de precios inaccesibles a la mayoría de sus paisanos

(esos turistas de guía y mochila, decían con mueca despectiva) o, como algunos privilegiados, un pase de temporada tan valioso y envidiable para el común de los mortales como el abono completo al repertorio anual de La Scala

(una economía formidable según la dama de al lado, adicta desde hacía años a aquel establecimiento frecuentado tan sólo por gente conocida y en el que el apretujamiento, en vez de implicar incomodidad física y olfativa como en los autobuses y el metro, creaba al contrario entre sus clientes un cosquilleo halagador de exquisita solidaridad)

ello les permitía sonreír de un modo benigno y cómplice cuando algún crío desnudo armado de pala y cubos molestaba a sus vecinos con sus castillos de arena

oh, ce n'est rien, laissez-le s'amuser, il est tellement charmant!

pasmados todos ante el tierno retoño ilustrador de las virtu-

des promovidas por la ubicua publicidad televisiva en materia de equilibrada alimentación infantil, bañadores, champús proteínicos y juegos de playa nadie exhibía allí sus gustos plebeyos con la estridencia cacofónica de transistores, las parejas se aislaban musicalmente con sus minimagnetófonos de auriculares mientras sorbían con pajitas burbujeantes y deliciosas bebidas frías e intercambiaban miradas de somnolencia o ventura provistas de la parafernalia de lacas, leches hidratantes, bálsamos rejuvenecedores, cremas antiarrugas y regeneradores capilares adecuada a la gloriosa calidez del día

(también los perritos ladradores, juguetones, con la lengüecilla fuera, corrían por la orilla y se revolcaban en la arena alentados por la condescendencia de sus amos, emulando entre sí en nobleza de casta y bien acrisolado pedigrí)

de vez en cuando, alguna mamá joven de pechos erectos y agujadores cumplía el ritual de reñir mimosamente a su perro, besuqueaba al chuchó en el hocico, cepillaba y peinaba sus crines agitadas por el viento, prodigaba consejos de prudencia y cordura a los que el risueño destinatario respondía con ágiles lengüetazos, en una escena de candidez y espontaneidad destinada a mostrar a la galería las gracias y virtudes amoratorias de la interesada, la criatura de abundosa cabellera dorada y pezónes tiesos, de sugerente y convidadora succión

un día de verano como los demás, exactamente como los demás, en aquel ámbito aislado de la barata morenez del gentío por personal diestro y aguerrido en la vigilancia de entradas y pases fronterizos, afable y servicial con los excelsos y de excluyente rigor con mirones e intrusos, ésta es una playa privada, no han visto el letrero? aquí no entran más que los socios y los abonados, si quieren bañarse gratis vayan al otro lado del espigón, allí estarán con los suyos!

felicidad estival, pura felicidad estival, letargo enjundioso de la postsiesta, amodorramiento colectivo, beatitud compartida de sosegadas parejas que, aun despojadas de vestimentas y prendas identificatorias, lucían no obstante sus señas distintivas, bolsos, sombreros, joyas, niños, perritos, como otros tantos símbolos de su encumbrado estatus

(yupis
burgueses
terratenientes
mafiosos de capital blanqueado y níveo
traficantes de armas
contrabandistas de alcurnia
funcionarios y jefes de la OTAN
un archiduque blondo y rollizo)
en un dulce far niente disipador, que les acunaba y adormecía
cómo explicar si no que nadie advirtiera antes la inmediatez
inquietante, conminatoria y maciza del buque?
su mole ingente se había arrimado a la playa a riesgo de en-
callar y vencerse, junto a la piscina, camarotes de lujo, y en el
puente de mando, engalanados oficiales escrutaban la orilla
con sus prismáticos, otros dirigían las maniobras de la tripu-
lación para inmovilizar el navío, el carácter insólito de la es-
cena y rigidez acartonada del transatlántico maravillaban y
confundían, por qué habían arrojado el ancla en aquella pla-
ya, precisamente en aquella playa, en vez de amarrar en el
puerto cercano o proseguir serenamente la travesía? era para
hacerles gozar de la magnificencia del espectáculo o abriga-
ban quizás intenciones aviesas y ocultas? casi todos se habían
incorporado en las colchonetas y examinaban con sorpresa
y aprensión compartidas la silueta panzuda del transatlánti-
co, acribillada de legañosos ojos de buey, y sus ventanales, pa-
saderas, mástiles, lanchas de salvamento, en torno a las cua-
les parecía arremolinarsse de pronto una extraña y vocinglera
multitud
algunas amazonas habían corrido a la vera del mar abrazadas
a sus críos y chuchos, las gafas de sol alzadas sobre sus frentes
como las actrices de los culebrones en boga o conforme a las
sagaces instrucciones de las pitonisas de *Marie Claire*, bragui-
tas triangulares ajustadas al vello púbico, vientres cobrizos,
pechos lozanos, cabellos sabiamente alborotados, saludando
con columbina inocencia el ajetreo insectil de la muchedum-
bre masculina alrededor de las lanchas salvavidas y cubiertas
superiores del buque-maqueta, el clamor cada vez más audible
de la masa de metecos impacientes, deslumbrados por la vi-

sión mirífica del Edén, esa remota e inaccesible Tierra Prometida entrevista hasta entonces por el ojo de cíclope, plétora, exuberancia, riqueza, como lo mostraba la lisa y bien barrida playa atestada de gente refinada y bella, extasiados ante la inmediatez de tantas criaturas luminosas después de una vida entera de fealdad, sacrificios, privación y miseria

los oficiales trataban de imponer un semblante de orden en la feroz arrebatina de candidatos a los botes de desembarco, había corrido la voz de tierra a la vista y emergían a granel de las entrañas del buque por trampas y escotillas, demacrados, hirsutos, ansiosos, aferrados unos a otros, animándose entre sí con sus gritos, la carga de las lanchas era manifiestamente excesiva, pero ninguno se resignaba a dejar su puesto con tanto empeño y ardor conseguido, nuevos candidatos saltaban aún en plena maniobra de descenso y se aferraban a las cuerdas en racimos, los más impacientes se arrojaban directamente al mar con boyas y chalecos flotadores o se zambullían de un chapuzón con las narices tapadas, confiando su suerte al destino

sabían nadar al menos?

nadie podía estar seguro de ello, tanto era el brío y rapidez con los que se lanzaban al agua, con ayuda de prismáticos se podía avistar su manoteo furioso, la torpe tentativa de asirse a los botes archiplenos so pena de provocar un vuelco, las manos tendidas y rechazadas, la ayuda generosa de los más hábiles a quienes desesperadamente boqueaban con los pulmones llenos de agua, el transatlántico vaciaba sin tregua su carga humana y los de arriba forcejeaban a puñadas por la conquista de los últimos puestos, no quedaba otro remedio a los restantes (docenas, centenares?) que saltar por la borda, en grupo o a solas, como esos náufragos del *Titanic* reproducidos en las láminas ilustrativas de libros y álbumes

el espectáculo del buque barrigón y cetáceo (rodeado de frágiles barquichuelas y enjambres de braceadores que, como un banco de peces atrapado en las redes de una almadraba, sacudía la lumbre del agua con bruscos coletazos y producía un rumor semejante a la ebullición) era tan absurdo como estremecedor

quiénes serían aquellos individuos burdos y zafios, gesticulantes, alucinados que, con insospechada energía, remaban y convergían hacia la playa?

alguien había proferido un grito de alarma
los albaneses!!

y el pánico cundió en el ámbito de la gente guapa y selecta, entre las parejas adormiladas por el calor estival y torpor de la siesta, las mamás habían acudido a buscar a sus niños y perros en la orilla, los varones improvisaban febriles conciliábulos sin saber qué resolución adoptar ante aquella situación de emergencia, hasta los bañeros y mozos del bar parecían anonadados, cómo enfrentarse y detener la flotilla de botes atestados y braceadores que se aproximaba a la playa en cardumen?, la dirección del establecimiento no había previsto tal eventualidad y carecía incluso de armas de fuego!, la prudencia aconsejaba la retirada y algunos mafiosi más duchos en el capeo de esa clase de apuros se precipitaban ya a la salida con sus familias y bienes, resueltos a ponerse y ponerlos a salvo de la inconcebible marea de bárbaros, mientras la mayoría de clientes aguardaba con borreguil fatalismo la llegada masiva de los galeotes, esos hombrecillos desgreñados de pantalones raídos o calzones sujetos a media pierna que acentuaban a cada movimiento de remos la precisión de sus pechos entecos y costillares flacos, cejas espesas, rostros barbados, ojos candentes de inextinguible fulgor

algunos no habían podido resistir la imantación de la nueva Judea y se zambullían desde los botes para alcanzar más pronto la orilla, nadaban de modo estrepitoso y enérgico, con sus cabezas flotadoras cada vez más próximas, alentados por unos sentimientos de calor y amistad hacia los paladines del bienestar y la libre empresa, iguales, igualitos, a los que habían contemplado hipnotizados en la publicidad televisiva y los seriales ambientados en Texas, el paraíso, el paraíso al fin, tangible y concreto!

el primer llegado había besado la arena en acto de fervoroso homenaje a una tierra acogedora y fraterna, se había hincado de rodillas ante una mamá joven y la requebraba o bendecía en su trabada lengua, intentaba ganarse su agrado y benevo-

lencia, miraba con ojos amorosos a la primorosa criatura que cargaba en brazos y, sin desanimarse por su estatuaría frialdad, quería congraciarse con el perrito faldero, pequinés furibundo encarado con saña al intruso, sabedor gracias a una educación esmerada que no pertenecía ni por asomo a la clase del ama y carecía del imprescindible caché de una gran fortuna o prestigio, paulatinamente frenético por la insistencia del arrodillado individuo en agasajarle con castañetas y mimos, erizado y rugiente, mostrando con ferocidad sus caninos, en una auténtica crisis de histeria que el recién venido no comprendía ni podía comprender desde su embeleso, aturdido, feliz, sonriente, patético, implorando brazos en cruz un gesto de simpatía, con los ojos de brasa clavados en el bañador triangular de la diosa de piedra, en su gruta o santuario velados de modo disuasorio y preciso

la playa se había llenado de albaneses de ropas empapadas y rostros hircinos, algunos sonreían y besaban el suelo, se acercaban a las horrorizadas familias y buscaban una relación tangencial, semiológica, con niños y perros, incapaces de captar en su euforia el ceño adusto y mirada reprobadora de aquellos cuerpos bien alimentados y esbeltos, consumidores del número exacto de proteínas correspondiente a su altura y peso, sorprendidos por la fuga precipitada de los más avispados y los insultos y voces del personal playero, impotente y desbordado por ellos, una situación incontrolable y a todas luces explosiva, una calamidad, farfullaban, verdaderamente inaudita

cuándo llegarían las fuerzas del orden, prevenidas telefónicamente por el dueño?

los bañistas aguzaban el oído a la escucha de las sirenas y respiraron de alivio en cuanto éstas adquirieron un concierto y volumen ensordecedores, aquello era una invasión, ni más ni menos que una invasión y el Estado debía adoptar de inmediato medidas defensivas, proteger a sus ciudadanos, apriscar, detener y expulsar a la chusma de desharrapados, para eso estaban las leyes y estatutos del ámbito comunitario o es que sólo eran papel mojado y los dictaban para hacer bonito?

Diseño de sobrecubierta: Elsa Suárez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: enero 2013

© Juan Goytisolo, 1993
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 32363-2012
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-82-7
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5457-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)